

Seix Barral Biblioteca Formentor



David Foenkinos

Estoy mucho
mejor







Seix Barral Biblioteca Formentor

David Foenkinos

Estoy mucho mejor

Traducción del francés por
Isabel González-Gallarza



1

Siempre se sabe cuándo empieza una historia. Yo enseguida comprendí que *pasaba algo*. Por supuesto, entonces aún no podía imaginar hasta qué punto todo en mi vida se pondría patas arriba. Al principio noté una molestia difusa; un simple dolorcillo agudo en la parte baja de la espalda. Nunca me había pasado antes, no había razón para agobiarse. Sería seguramente un nudo de tensión por una acumulación reciente de preocupaciones.

Esta escena inicial ocurrió un domingo por la tarde; uno de esos primeros domingos del año en que hace bueno. Te alegras de ver el sol, por frágil y poco fiable que sea. Mi mujer y yo habíamos invitado a comer a una pareja de amigos, siempre los mismos, la verdad; eran a la amistad lo que nosotros al amor: una forma de rutina. Bueno, un detalle había cambiado: nos habíamos mudado a las afueras, a un pequeño chalé con jardín. Qué orgullosos estábamos de nuestro jardín. Mi mujer plantaba rosales con una devoción casi erótica, y yo era consciente de que colocaba en esos pocos metros cuadrados

de vegetación toda su esperanza de un renacer de su propia sensualidad. A veces la acompañaba junto a las flores, y experimentábamos como oleadas de nostalgia de nuestro pasado. Después subíamos a nuestra habitación y, durante veinte minutos, volvíamos a tener veinte años. No ocurría con frecuencia, era un momento valioso. Élise siempre conseguía robarle instantes al hastío. Era tierna, era divertida, y yo me daba cuenta cada día de lo acertado que había estado al elegirla para ser la madre de mis hijos.

Cuando volví de la cocina, con una bandeja en la que había puesto cuatro tazas y la cafetera, me preguntó:

—¿Te encuentras bien? No tienes muy buena cara.

—Me duele un poco la espalda, no es nada.

—Cosas de la edad... —dijo en voz baja Édouard, con ese tono irónico del que jamás se desprendía.

Tranquilité a todo el mundo. En el fondo no me gustaba ser el centro de atención. Al menos no me gustaba ser tema de coloquio. Sin embargo, era imposible evitarlo; seguía sintiendo como ligeros mordiscos en la espalda. Mi mujer y nuestros amigos charlaban, y yo era incapaz de seguir la conversación. Totalmente absorto en mi dolor, trataba de recordar si había hecho algún esfuerzo especial esos últimos días. No, me parecía que no. No había levantado peso, no había hecho ningún mal movimiento, no había sometido mi cuerpo a nada fuera de lo habitual que hubiera podido provocar ese dolor que ahora sentía. Desde los primeros minutos de mi mal pensé que podía tratarse de algo grave. Instintivamente, no me tomé a la ligera lo que me ocurría. ¿Es que estamos condicionados hoy en día a ponernos siempre en lo peor?

Había oído tantas veces historias de vidas arrasadas por la enfermedad...

—¿Quieres más fresas? —me preguntó entonces Élise, interrumpiendo así mi macabra ensoñación. Le tendí mi plato como hacen los niños. Mientras comía me puse a palparme la espalda. Había algo que me parecía anormal (una especie de bulto), pero no sabía si lo que notaba era real o fruto de mi imaginación inquieta. Édouard dejó de comer para observarme:

—¿Te sigue doliendo?

—Sí... No sé lo que tengo —admití con una pizca de pánico en la voz.

—A lo mejor deberías tumbarte un rato —sugirió Sylvie.

Sylvie era la mujer de Édouard. La conocí en mi último año de instituto. Hacía, pues, más de veinte. Me sacaba dos años; la diferencia de edad es la única distancia entre dos personas que no se puede alterar. Aunque muy al principio me atraía, ella siempre me vio como un niño pequeño. A veces los sábados me llevaba a visitar insólitas galerías o exposiciones temporales cuyos pasillos éramos los únicos en recorrer. Me hablaba de lo que le gustaba y lo que no, y yo intentaba formarme mi propio gusto de manera autónoma (en vano: estaba sistemáticamente de acuerdo con ella). Ya entonces Sylvie pintaba mucho, y para mí encarnaba la libertad y la vida artística. Todo aquello a lo que yo había renunciado tan rápidamente al matricularme en la Facultad de Económicas. Dudé durante todo un verano, porque quería escribir: bueno, digamos que tenía un vago proyecto de escribir un libro sobre la Segunda Guerra Mundial. Pero al final me avine

a la opinión general* y opté por una orientación más concreta. Extrañamente, también Sylvie me animó a que siguiera ese camino, pese a no haber leído nada mío; su consejo no tenía, pues, que ver con que mi trabajo le gustara o no. No debía de creerme capaz de llevar una vida inestable, llena de dudas e incertidumbres. Seguramente yo tenía aspecto de joven estable. El aspecto de un hombre que acabaría, veinte años más tarde, con dolor de espalda, en un chalé a las afueras.

Unos meses después de conocernos, Sylvie me presentó a Édouard. Anunció sobriamente: «Es el hombre de mi vida.» Esa expresión siempre me ha impresionado. Aún hoy me sigue fascinando esa elocuencia grandiosa, esa enorme estabilidad con respecto a lo más imprevisible que hay: el amor. ¿Cómo se puede estar seguro de que el presente tomará la forma del siempre? Pero debía de saber lo que decía, pues los años no habían abierto la más mínima fisura en su certeza inicial. Formaban una de esas insólitas parejas cuyas afinidades nadie entiende realmente. Ella, que tanto me había ensalzado el arte de la inestabilidad, se había enamorado locamente de un estudiante de estomatología. Con los años, yo aprendería a descubrir el lado artístico de Édouard. Era capaz de hablar de su trabajo con el entusiasmo de todo creador; espulgaba febrilmente los catálogos de material dental en busca del último grito en tornos. Sin duda hay que estar un poco loco para pasarse la vida contemplando los dientes de los demás. Pero tardé mucho tiempo en darme cuenta de todo eso. Cuando lo conocí, recuerdo haberle preguntado a Sylvie:

* Es decir, la opinión de mis padres.

—Dime, sinceramente, ¿qué te gusta de él?
—Su manera de hablarme de mis muelas.
—No, venga, contéstame en serio.
—Pues exactamente no sé qué. Me gusta, y ya está.
—No puedes querer a un dentista. Nadie puede querer a un dentista. De hecho, uno se hace dentista porque nadie le quiere...

Dije eso por celos, o sólo para hacerla reír. Me acarició la cara antes de declarar:

—Ya verás como tú también terminarás por quererle.
—...

Para mi gran asombro, tenía razón. Édouard se convirtió en mi amigo más cercano.

Unos meses más tarde conocí el amor a mi vez. Fue todo muy sencillo. Durante años me había enamorado de chicas que ni me miraban siquiera. Perseguía lo inaccesible, gangrenado por mi propia inseguridad. Ya casi había renunciado a la idea de ser dos cuando apareció Élise. No hay nada excepcional que contar; quiero decir que fue algo evidente. Nos sentíamos bien juntos. Paseábamos, íbamos al cine y hablábamos de nuestros gustos. Después de todos estos años, sigue siendo muy conmovedor recordar esa época en que todo empezaba para nosotros. Tengo la impresión de que alcanzo a tocar con la mano esos días. Y no puedo creer que hayamos envejecido. De hecho, ¿quién puede creer que envejece? Édouard y Sylvie siguen aquí. Estamos almorzando juntos y nos gusta hablar de los mismos temas. La vida no avanza para nosotros. No ha cambiado nada. No ha cambiado nada, excepto una cosa: el dolor que siento hoy.

Siguiendo el consejo de Sylvie, subí a tumbarme. Me daba vueltas la cabeza, como tras una fiesta en la que hubiera bebido. Sin embargo, apenas había tomado una copa de vino en el aperitivo. Escurridizo, el dolor seguía burlándose de mí. Unos minutos después, Édouard vino a verme.

—¿Te encuentras bien? Nos has dejado preocupados, ¿sabes?

—Esto no tiene ninguna gracia, hablo en serio.

—Lo sé. Te conozco lo suficiente para saber que no eres el típico quejica.

—...

—¿Puedo ver dónde te duele?

—Aquí —dije, enseñándole la zona en cuestión.

—Si quieres, puedo echarle un vistazo.

—Pero si eres dentista...

—Sí, bueno, pero un dentista es un médico, al fin y al cabo.

—No veo qué relación puede tener la espalda con los dientes.

—Bueno, oye, ¿quieres que te lo mire o no?

Me levanté la camisa, y mi amigo me palpó la espalda. Tras unos segundos en los que flotaba la posibilidad de una mala noticia, anunció de forma tranquilizadora que no notaba nada especial.

—¿No notas un bultito?

—No, aquí no hay nada.

—Pues yo sí que lo noto.

—Es normal. Cuando a uno le duele algo a veces se imagina que ha habido un cambio en su cuerpo. Es una forma de alucinación vinculada al dolor. Me pasa muy a menudo con mis pacientes. Les da la impresión de tener la mejilla hinchada, cuando no es así.

—Ah...

—Lo mejor es que te tomes dos comprimidos de Doli-prane y descansas un rato.

En mi fuero interno pensé: es dentista. Lo que me acaba de decir es un diagnóstico de dentista. De espaldas no tiene ni idea. Ningún dentista sabe nada de espaldas. Le di las gracias muy poco convencido y luego traté de conciliar el sueño. Extrañamente, los dos comprimidos me sentaron bien, y me dormí. Durante mi siesta pensé que el dolor había sido un espejismo y que todo iba a volver a la normalidad. Cuando desperté, miré por la ventana. Nuestros amigos ya debían de haberse marchado pues Élise estaba de rodillas en el jardín oliendo nuestras flores. No sé cómo puede ser, pero las mujeres suelen percibir cuándo se las mira. Como por arte de magia, la mía volvió la cabeza hacia mí. Me dedicó una sonrisa, a la que yo contesté con otra. Pensé que ese domingo por fin iba a ser un domingo. Sin embargo, al final del día el dolor volvió a ser tenaz.

2

Intensidad del dolor: 6.*
Estado de ánimo: inquieto.

3

Por la noche me desperté muchas veces. Cuando lo hacía, miraba el pequeño transistor junto a mi cama, que indicaba las horas y los minutos con números luminosos.

* En una escala del 1 al 10.

Lamentaba no haber pasado por la farmacia para comprar analgésicos antes de acostarme. Pensaba angustiado en la mañana de lunes que me esperaba. Tenía una reunión muy importante con unos clientes. Todo el mundo estaría sentado alrededor de la mesa, y no sabía cómo me las iba a apañar con mi dolor de espalda. Llevaba semanas preparando esa reunión con los japoneses. El señor Osikimi en persona se había desplazado para conocer a los responsables de la agencia. Era también mi ocasión de demostrarle por fin a Yann Gaillard que era mejor que él. Con un ascenso significativo en el horizonte, estaba en una posición de rivalidad con ese compañero de trabajo, y aunque me había decantado por un enfrentamiento comedido y sin juego sucio, a él en cambio lo notaba dispuesto a cualquier cosa para dejarme fuera de combate. Desde entonces mi vida en la empresa se había vuelto insostenible. Pero no podía tirar la toalla, me había esforzado mucho en progresar dentro del sistema (y además tenía que pagar una hipoteca). Miraba con envidia a algunos de mis amigos, felices en su vida profesional, mientras que la mía iba adoptando unas proporciones inhumanas de lucha incesante.

Cuando sonó el despertador, yo ya estaba despierto. Le anuncié a mi mujer que apenas había pegado ojo en toda la noche.

—Pues sí, esto ya empieza a ser preocupante. Te voy a acompañar a urgencias esta misma mañana.

—No puedo ir a urgencias. Ya sabes que tengo la reunión.

—Mírate, no puedes ir en estas condiciones. Llama al trabajo para decir que vas a llegar un poco más tarde. Es-

toy segura de que te esperarán. Todo el mundo sabe que no eres el típico quejica...

Ya iban dos veces en dos días que oía esa opinión sobre mí. No sabía cómo tenía que tomármela. Los que me rodeaban sabían sin duda que no tenía tendencia a exagerar. Mis palabras se adecuaban siempre a mis pensamientos, seguramente se referían a eso cuando decían que no era «el típico quejica».

Como mi mujer supo mostrarse persuasiva, fuimos al hospital. Le envié un mensaje a Mathilde, mi secretaria de origen suizo, para avisarla de que llegaría tarde.

—Estoy segura de que está relacionado —dijo Élise durante el trayecto en coche hasta el hospital.

—¿El qué?

—Tu dolor de espalda y la reunión de esta mañana. Es un dolor psicósomático. No paras de decirme que esa reunión es muy importante para ti.

—Sí... Puede ser...

Unos minutos después, cuando aún seguíamos en el coche, recibí un mensaje de Gaillard: «Mathilde me ha dicho lo de tu espalda. No te preocupes, los japoneses han avisado también de que llegarían tarde. Te esperamos. Salu2.» Odio a la gente que termina los mensajes poniendo «Salu2». De todos modos, odiaba todo lo que tuviera que ver con ese hombre. Tratándose de él, cualquier otra palabra me habría producido el mismo efecto. Por suerte Élise seguía a mi lado, atenuando con su presencia un claro aumento de agresividad en mí. Puso la radio. Canciones del pasado acunaban nuestra mañana de lunes. Terriblemente inquieto por el presente, abandoné mis oídos a la nostalgia.

Cuando llegamos nos acomodamos en una inmensa sala iluminada por fluorescentes amarillos. A nuestro alrededor había numerosos rostros crispados. No estaba solo en la comunidad del domingo arruinado. Todos parecían ansiosos. Me avergüenza reconocer que el hecho de ver a algunas personas sufrir más que yo me tranquilizaba. Para eso sirve una sala de espera: para evaluar tu propio estado con respecto al de los demás. Los enfermos se miran furtivamente unos a otros, se examinan. Yo no tenía aspecto de ser el más urgente entre los urgentes. Un joven doblado en dos cerca de mí respiraba de manera alarmante; pronunciaba palabras incomprensibles, como una oración. «Quizá deberían ocuparse primero de él, ¿no?», le sugerí a la enfermera cuando me llamó. Se mostró francamente sorprendida, seguramente estaba acostumbrada a que allí cada cual fuera a lo suyo.

—No se preocupe, enseguida viene un médico.

—...

—Vaya a la sala dos.

—Ah, muy bien... Gracias.

Al levantarme miré por última vez al joven. Élise también parecía muy afectada por ese enfermo; sin embargo, cuando me disponía a ir a la sala de consulta, me dijo:

—Voy a aprovechar para ir a Décorama. Está aquí cerca. Me gustaría comprar una lámpara nueva para el salón.

—Ah...

—Llámame cuando salgas.

Ella que se había mostrado tan cariñosa desde el principio, ella que me había empujado a venir aquí, de repente me abandonaba. Quizá tuviera miedo de asistir a la pronun-

ciación del terrible veredicto. No, no era plausible: si se hubiera temido lo peor, no habría podido irse de compras. No tenía tiempo de reflexionar sobre las razones de su huida. Podía ser una ansiedad disfrazada o una manifestación de insensibilidad (la que surge a veces con el tiempo en los amores estables), poco importa. Creo sobre todo que trataba de quitarle hierro al momento, convirtiéndolo en algo tan anodino como un paseo motivado por unas compras. Seguramente en el fondo tenía razón, pues yo empezaba a sentir el peso del mundo sobre mis hombros. No conseguía afrontar con dignidad lo que me ocurría. Era absurdo, a todo el mundo le dolía la espalda alguna vez, no era nada grave; era la clase de cita médica durante la cual una esposa podía irse de compras tranquilamente.

En la sala 2 esperé un rato más. Tras pasar la etapa de clasificación selectiva, ahora estaba en el servicio adecuado. Desde mi llegada al hospital, mi mente se había centrado en todo lo que ocurría a mi alrededor, con una extraña consecuencia: el dolor había desaparecido. Entonces me llamó el médico y me pidió que lo siguiera. Me dolía la espalda desde hacía más de un día y, de pronto, ahí, ante el especialista, ya no sentía nada de nada. Iba a parecer un enfermo imaginario que va al médico con cualquier pretexto; uno de esos que llenan los hospitales públicos e incordian con sus tonterías. En otras palabras: iba a parecer un quejica. Más tarde, cuando le contara la situación, Édouard me explicaría que se trata de un fenómeno psicológico clásico: en un entorno médico es bastante frecuente que los dolores se esfumen, como si temieran ser descubiertos y, por consiguiente, aniquilados.

El médico se mostró muy cordial conmigo y me trató como si fuera su único paciente en toda la jornada. Se notaba que le gustaba su trabajo, que cada mañana se ponía su bata con la misma emoción que el primer día. Lo imaginaba casado con una mujer que ejercía una profesión liberal a tiempo parcial. Este verano se marcharían juntos a Sicilia para hacer submarinismo. Ella tendría miedo, pero él sabría tranquilizarla; debía de ser genial ir de vacaciones con él.

—Tiene suerte. No hay mucha gente esta mañana.

—Ah... Qué bien.

—Por lo general, los pacientes esperan cuatro o cinco horas. A veces hasta ocho.

—Vaya, pues sí que he tenido suerte...

—Bueno, ¿y qué puedo hacer por usted?

—Me duele la espalda desde ayer, y no se me pasa.

—¿Le ocurre a menudo?

—No, es la primera vez.

—¿Ha hecho algún esfuerzo?

—No, nada especial. Me vino el dolor así, de repente, ayer. Durante el almuerzo.

—¿De qué estaban hablando? ¿Hubo algo en la conversación que lo contrariara?

—No... No creo, la verdad. Todo era normal.

—¿Está usted estresado estos días?

—Un poco.

—El estrés es la primera causa del dolor de espalda. Uno se «carga» de tareas y obligaciones, y al final la espalda es la parte del cuerpo donde se acumula el estrés que todo ello genera.

—Ah...

No me costaba imaginármelo repitiendo esa estadística a todos los pacientes que sufrían de dolor de espalda.

Eso permitía hacer casi normal una situación que no tenía por qué serlo. Yo era un asalariado agobiado, lo cual no tenía nada de extraño. Éramos legión los que nos dejábamos invadir por la angustia; todo parecía lógico.

—Quítese la camisa y tumbese boca abajo.

Obedecí dócilmente. La última vez que me había visto en esa postura había sido hacía tiempo, en un viaje a Tailandia con Élise. Una joven de largo cabello negro me dio un masaje con aceites esenciales. Difícilmente podía haber dos momentos más diferentes. El médico me palpó la espalda largo rato sin decir nada. Yo transformé mentalmente su silencio en sentencia. Por fin habló:

—¿Es aquí donde le duele?

—Sí... Bueno..., en esa zona.

—Vale... Vale...

¿Por qué había dicho dos veces «vale»? Repetir las cosas nunca es buena señal. Parecía que quisiera ganar tiempo antes de anunciarme el veredicto.

—Bueno..., lo mejor será hacer unas radiografías. Así sabremos un poco más, y eso nos ayudará...

—Nos ayudará ¿a qué?

—A avanzar en el diagnóstico.

—...

—Puede ir esta misma mañana a radiología, si quiere.

—Es un poco complicado, tengo una reunión importante. ¿Puede esperar a esta tarde o a mañana por la mañana?

—Sí, seguramente sí..., pero bueno, no espere mucho

tampoco... —concluyó de manera francamente preocupante, como si tratara de ocultar lo urgente de mi situación. Intenté conservar la calma, ahuyentando con valentía los miles de ideas negras que me asaltaban. Hasta le di las gracias, antes de vestirme maquinalmente. En el umbral, justo antes de irme, aguardé un momento con la esperanza de que el médico pronunciara una frase tranquilizadora. Como un perro suplicando un hueso, quería roer una palabrita reconfortante. Pero no, no dijo nada. Parecía estar ya en otra parte; su mirada estaba concentrada en otros pacientes, otras espaldas que no eran la mía. No sé por qué pero ese instante se me antojó casi humillante.

De vuelta en el mostrador de recepción, tomé cita para el día siguiente por la mañana. Varias veces la secretaria me pidió que le repitiera lo que había dicho. Las palabras se me atascaban en la boca. Me sentía tan mal... Pensaba una y otra vez en lo que acababa de ocurrir. Hubiera querido que el médico me dijera: «No es nada» o «no es más que una contractura», pero no había dicho nada. Había dejado que se instalara un largo silencio antes de anunciar que había que hacer radiografías. Ese hombre veía espaldas todo el día. Sabía más que nadie del tema, y había tomado esa decisión de seguir examinándome. Peor aún, había dicho que había que *avanzar en el diagnóstico*. Tenía que haber un problema a la fuerza, puesto que se hablaba de un inicio de diagnóstico. Era una palabra que sonaba muy negativa. No podía verlo de otra manera. No se diagnostica a una persona sana. La palabra sonaba a los preliminares de un drama.

Pugnaba por recuperarme del golpe. Estaba claro que veía las cosas más negras de lo que en realidad eran. Mi angustia había transformado la realidad, me había inventado la reserva del médico. Éste había hablado simplemente, de manera neutra y despreocupada, como puede hacerse con un paciente que no tiene nada grave. Durante unos segundos viví como en suspenso, en la ilusión de esa opción tranquilizadora, antes de arrellanarme de nuevo en la cruel verdad. Estaba seguro de que algo había dejado intranquilo al médico. Yo era lúcido, y era precisamente esa lucidez lo que me hacía temer lo que me aguardaba. De hecho, nada más terminar la consulta, el dolor volvió a hacerse notar, tan fuerte como antes. Me pareció entonces que la zona dolorida se agrandaba, se extendía como una mancha de tinta sobre una hoja de papel. El agarrotamiento alcanzaba ahora el coxis y se extendía hasta cubrir los riñones por completo.

Me reuní con Élise a la salida del hospital.

- ¿Te encuentras bien? Estás muy pálido.
- Tengo que hacerme unas radiografías mañana.
- ¿Unas radiografías?
- Sí, por una simple comprobación.
- ...

Me parece que luego hizo dos o tres comentarios, pero no conseguía prestarle atención. Trataba de tranquilizarme y de pensar en la reunión que tenía esa mañana. Pero era inútil; sistemáticamente, mi mente volvía a la escena con el médico. Pensaba en su interrogatorio inicial. ¿Había habido algo en el almuerzo del domingo que me hubiera afectado? ¿Una palabra, una frase, un gesto? Pensaba en nuestra conversación y no veía en ella nada que

explicara mi dolor actual. Pero estaba demasiado alterado como para poder recordar todo lo que habíamos dicho el día anterior. Por la noche, ya más tranquilo, tendría que rememorar toda nuestra conversación. Tenía que llevar a cabo una investigación, no podía desdeñar ninguna pista, tenía que bucear metódicamente en el pasado hasta dar con el momento en el que había empezado todo. La aparición del dolor es una escena del crimen. Cuando estábamos en el coche, y como yo seguía callado, Élise se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Te ha sentado mal que te dejara solo?

—No, hombre..., qué va...

—Me ha angustiado esperar ahí contigo. Me ha recordado a mi madre cuando acompañaba a mi padre a sus sesiones de quimio.

—...

Me sorprendió que mi mujer pudiera relacionar el cáncer de su padre con lo que me ocurría a mí. La comparación no me tranquilizaba mucho. Pero entendía lo que sentía, y era un alivio para mí: su huida no se había debido a ninguna insensibilidad por su parte. De hecho, ¿por qué lo había pensado siquiera? Mi mujer era perfecta, sabía administrar la dosis justa de compasión y optimismo. Dado mi estado, no le hacía mucha gracia que fuera a trabajar, pero sabía lo importante que era la reunión que tenía esa mañana. Decidió acompañarme. Yo quería coger un taxi para no retrasarla más, pero ella dijo que no. Se limitó a avisar a su asistente de que llegaría más tarde. Mi mujer era su propia jefa, lo cual facilitaba la organización de sus horarios. Dirigía una guardería; sus clientes eran hombres y mujeres encantados de reencontrarse con su prole por las tardes. Todo ello se desarrollaba en un ambiente amable, un pequeño mundo que precedía al mun-

do adulto. Élise se sentía realizada profesionalmente, salvo por un detalle: los niños no la recordaban. A veces se los cruzaba por la calle, y la miraban como a una perfecta desconocida. Solía decir: «Cuánto siento que la memoria no empiece más pronto.»

Llegamos un poco antes de las diez; iba a poder asistir a mi reunión. Justo antes de bajar del coche, Élise me acarició en la mejilla, diciéndome en voz baja: «Todo irá bien.»

4

Intensidad del dolor: 6.
Estado de ánimo: angustiado.

5

Hacía más de diez años que trabajaba en MaxBacon, uno de los estudios de arquitectura más relevantes. Yo me ocupaba de la parte presupuestaria de los proyectos, lo cual no me impedía tener una opinión sensible, por no decir artística, sobre los mismos. Aunque mi trabajo no era lo que podríamos decir palpitante, pese a todo le había cogido cierto cariño a esa vida pautada por informes y balances. Había entrevisto incluso la posible sensualidad de los números. Me gustaba dar un enfoque afectivo incluso a las cosas más anodinas, como los muebles de mi despacho. Por mi armario sentía por ejemplo algo parecido a la ternura, pues chirriaba de manera conmovedora. Era la vertiente mobiliaria del síndrome de Estocolmo.

De la misma manera que hay quien desarrolla sentimientos amorosos por su verdugo durante su cautiverio, a mí me producía cierto bienestar moverme en el mundo anestesiado de la vida empresarial. Había pasado años fantásticos en esa estrechez sin alma, y me entristecía tener que arruinar esa felicidad por la tontería de la maldita competitividad. Pero así eran las cosas, el mundo había cambiado: había que ser eficaz, había que ser productivo, había que ser rentable. Había que esforzarse en afrontar todo cuanto le exigían a uno. Ya oíamos llamar a nuestra puerta a la nueva generación que el paro había vuelto hambrienta, y a la que las nuevas tecnologías habían robotizado. Todo eso me generaba mucho estrés. La época en la que se quedaba los viernes por la noche en casa de unos y otros para tomar una copa parecía muy lejana. Ahora imperaba la desconfianza. Tener una relación de amistad casi podía resultar sospechoso. Tras años de despreocupación, la vida de empresa se asemejaba a un país ocupado por el enemigo, y yo no sabía si debía colaborar con él, o pasarme a la resistencia.

Al llegar al trabajo esa mañana me precipité al ascensor para subir a la séptima planta, donde se celebraba la reunión. Durante la elevación, aproveché para echarme un vistazo. Había un gran espejo que permitía peinarse, ajustarse el nudo de la corbata o los pliegues de la falda. Constaté de nuevo que la expresión de mi cara era patética, pero no era ése el detalle más importante. Me llamó la atención algo mucho más sorprendente: una gota de sudor. Era la primera vez que el sudor se manifestaba así en mí, sin la más mínima relación con el esfuerzo físico. Observé un breve instante esa perla en mi sien antes de en-

jugármela. Nada más salir del ascensor me topé con Gaillard:

—Ah, ya estás aquí. Menos mal que los japoneses también llegan tarde, no te has perdido nada.

—Ah... Qué bien...

—¿Qué tal te encuentras? Porque estabas en urgencias, ¿no?

—Sí, sí, pero estoy bien, gracias. Era una falsa alarma.

—Perfecto, no es momento de dejarnos tirados. ¡Te necesitamos, tío!

Pronunció esta última frase a la vez que me daba palmaditas en la espalda. Parecíamos amigos de toda la vida, y su inquietud era a todas luces sincera. Por un instante me dije que quizá hubiera exagerado nuestra rivalidad. Parecía contento de verme allí. El motivo de la reunión era tratar de un proyecto muy amplio de reconstrucción tras la catástrofe de Fukushima. Con Osikimi y sus colegas, íbamos a centrarnos en la parte financiera del proyecto. Gaillard y yo nos habíamos repartido esa tarea de gran envergadura. Nuestro jefe, Jean-Pierre Audibert, asistía, por supuesto, a ese encuentro tan importante. Era el prototipo del jefe que trata a veces de mostrarse cercano con sus empleados cuando en realidad no es capaz de establecer una relación verdaderamente humana. Uno casi hubiera dicho que era jefe de nacimiento. Alimentado desde niño con clases particulares, había conocido las condiciones perfectas para ser admitido en una universidad cara. Tras lograr el ingreso en HEC, una prestigiosa escuela de comercio, se relajó un poco. Como no soportaba la presión permanente empezó a fumar hierba y a excederse con el alcohol. Pero no tardó en reconocer que no tenía talento para ser un bala perdida y recuperó su rigidez natural. Desde entonces se mantuvo siempre bien

derechito; ni siquiera su bigote fino y gris, de aire casi inglés, se desviaba jamás de la horizontalidad más perfecta.

En los momentos cruciales Audibert sabía por supuesto mostrarse cordial. Los japoneses se sentían francamente incómodos: en su país, la impuntualidad es una de las formas supremas de descortesía. Al recibirlos trató de resultar gracioso diciéndoles que apreciaba su intento de someterse a nuestras costumbres. Veía incluso en su retraso «una suerte de homenaje a Francia». Todo el mundo reaccionó con una sonrisa un poco crispada: era un humor de empresa terriblemente clásico que tuvo la virtud de distender el ambiente en el momento de empezar la reunión. A continuación procedimos de manera metódica, exponiendo punto por punto los detalles del ambicioso proyecto. Estaba concentrado en mi tarea, hasta se me había olvidado en ese instante mi dolor de espalda. Me sentía del todo a gusto cuando, de pronto, uno de los consejeros de Osikimi (el que hablaba francés) me cortó:

—Perdone que le interrumpa, pero no entiendo cómo pueden llegar a ese resultado.

—¿Con respecto a qué parte del proyecto?

—Con respecto al centro comercial.

—Ah.

—Sí. Está sobreevaluado. No sé cuál es su base de cálculo o su manera de proceder, pero prefiero decirle ya mismo que su propuesta no nos va a gustar nada.

—Pero...

—Si se la traslado a mi jefe, temo incluso que pueda llegar a abandonar esta reunión.